

Capítulo IX

La cuestión nacional

En América latina

La cuestión nacional ha sido tratada por los analistas latinoamericanos casi exclusivamente en relación a la dominación imperialista del siglo XX, cuando es obvio que debe abordarse desde el proceso de la independencia y las formas de dependencia durante al siglo pasado.

Esta problemática es particularmente importante para Cuba y Puerto Rico –que siguieron siendo colonias hasta fines del siglo XIX- y las colonias inglesas, francesas y holandesas del Caribe, además de las Guayanas, a las cuales consideramos como parte de nuestro continente expoliando, a pesar de que hablen un idioma distinto. La actitud asumida por estas colonias, una vez independizadas de los imperios europeos, en el sentido de mirar a Latinoamérica, como lo hicieron Manley B. Shipman y otros, muestra que sus pueblos se consideran parte de nuestra historia, que comenzó desde que esas islas y la tierra firme de las Guayanas fueron culturizadas por los aborígenes de nuestro continente.

Respecto de la cuestión nacional en el siglo XX, existen relevantes aportes sobre la lucha nacional-antiimperialista, pero poca claridad acerca de las minorías oprimidas, como los negros y las diferentes variantes de mestizaje.

La lucha por la independencia política en América latina planteó tan claramente la cuestión nacional que llama la atención la ausencia de trabajos teóricos sobre el tema. Nuestra ruptura con el nexo colonial español, portugués y francés (Haití) fue un paso histórico tan importante como el de las naciones que se formaron en Europa en la segunda mitad del siglo XIX y de la misma trascendencia que la independencia de las naciones asiáticas y africanas en el siglo XX.

Resulta entonces extraño que haya investigaciones acerca de la cuestión nacional en la Europa del siglo pasado y en el Asia y África contemporáneas, pero casi ninguna sobre América latina. Recién en las primeras décadas del presente siglo comenzaron a aparecer debates sobre la cuestión nacional, entendiendo por ésta básicamente la lucha antiimperialista.

De todos modos queda por analizar la cuestión nacional en el momento de la ruptura del nexo colonial y durante la república del siglo XIX. Cabría preguntarse por que no ha sido investigado hasta ahora este tema de primerísima importancia. Esta omisión teórica hay que buscarla, a nuestro juicio, en la concepción eurocéntrica de la mayoría de los investigadores latinoamericanos, quienes aplicaron mecánicamente el esquema europeo sobre la formación del Estado-nación. Como este proceso no se dio en la misma manera en América latina, lisa y llanamente optaron por ignorarlo. Recién se acordaron del problema nacional cuando la III Internacional puso al orden del día la lucha antiimperialista, relegada a segundo plano en nuestro continente por la II Internacional.

Marx y Engels plantearon la cuestión nacional en la época ascendente de la burguesía, en el momento en que ya se habían formado los Estados-naciones de Europa, como Inglaterra, Francia, etc., y se estaban gestando otros (Alemania, Italia, Polonia y los de Europa Oriental). Si bien es cierto que no alcanzaron a formular una teoría sistemática, apuntaron algunos criterios sobre la cuestión nacional de Europa. En el *Manifiesto comunista* no hay una sola línea sobre la cuestión nacional y colonial de Asia, África y América latina. Como decía Trotsky, los problemas de la estrategia revolucionaria en los países coloniales y semicoloniales no son tratados ni siquiera someramente en el *Manifiesto comunista*. “En la medida en que Marx y Engels consideraban que la revolución social ‘en los países civilizados más avanzados cuando menos’, sería cuestión de unos cuantos años, para ellos que el problema colonial se resolvía automáticamente no como consecuencia de un movimiento independiente de las nacionalidades oprimidas, sino como consecuencia de la victoria del proletariado en los centros metropolitanos del capitalismo.”¹

No es extraño, entonces, que Marx –preocupado por las posibilidades de la revolución europea- no hubiera apreciado debidamente la lucha por la independencia política latinoamericana y que, inclusive, haya criticado a Bolívar, pues no creía en la posibilidad de que

la clase dominante criolla pudiera llegar a crear Estados-naciones con un desarrollo capitalista a la medida de los tiempos. Su rechazo de la tesis de Hegel, que prioriza el papel del Estado en la generación de la sociedad civil, lo condujo a cuestionar la guerra latinoamericana de independencia. Era una forma de rechazo a la idealización del Estado-nación, estimulada por Hegel, conque las revoluciones democrático-burguesas magnificaron los logros de la entonces llamada “identidad nacional”. Marx criticaba la concepción hegeliana del Estado y contraponía el internacionalismo proletario al nacionalismo burgués, recalcando que el proletariado no era nacional sino universal.

Por razones políticas de oposición a Napoleón III y al zarismo que alentaban la formación de naciones en Europa oriental, los creadores del materialismo histórico deprimieron la importancia de esas nacionalidades, llegando a decir, en términos hegelianos, que eran “pueblos sin historia”, concepto no sólo discriminatorio y restrictivo sino también ambiguo. Engels sostuvo que esos pueblos de Europa oriental “no han sido capaces de construir Estados, y que no tienen ya bastante fuerza para conquistar su independencia nacional”.² Para Marx y Engels lo fundamental era derrotar los planes de expansión del zarismo. Estaban “atentos a la evolución de una situación en la cual el espectro del panslavismo, de una Rusia policía de Europa, se perfilaba cada vez más amenazador y más fatal para la revolución.

“El movimiento de las nacionalidades se reduce, a partir de ahí, a una maniobra de la corte vienesa o a una manifestación de Rusia”.³ Por eso no apoyaron a los pueblos eslavos ni tampoco a Mazzini en Italia: por temor a que cayeran bajo la influencia de Napoleón III y del zarismo.

Este enfoque coyuntural, sobrepolitizado y apegado a la contingencia, pasó sin examen crítico al arsenal del marxismo, siendo recogido por la socialdemocracia para apuntalar su análisis socialdarwinista de la cuestión nacional. Sin embargo, los fundadores del materialismo histórico alcanzaron a apuntar ideas importantes en relación a la revolución polaca de 1846 y 1863: “convierte a la revolución agraria en la condición de la liberación nacional. La interdependencia entre lo nacional y social es orgánica y dialéctica y, a fin de cuentas, la democracia agraria es imposible sin la conquista de la existencia nacional”.⁴

En una reunión de la I Internacional se aprobó un voto de apoyo a Polonia porque “no existía ninguna contradicción entre los objetivos internacionalistas de la AIT y la reivindicación de la autodeterminación de una nación”.⁵ Los anarquistas se opusieron por estimar que ese acuerdo favorecía a la clase dominante y a la nobleza polaca. Bakunin planteó en el Congreso de Basilea de 1869 la lucha por la destrucción de los Estados nacionales y la formación de un Estado internacional de trabajadores. Mientras tanto, había que reconocer que “toda nación era un hecho natural y debía disponer sin limitaciones del derecho natural a la independencia, según el principio absoluto de la libertad”.⁶

Marx y Engels plantearon sin reservas su apoyo a la autodeterminación de Irlanda, respaldada entusiastamente por las hijas de Marx, Eleonor y Jenny, y por la compañera de Engels, Lizzie Burns, de origen irlandés. Asimismo, en 1853, apoyaron la revolución de los Taipig (China) y cuatro años más tarde la lucha anticolonialista de la India, iniciada por los soldados y las masas populares, aunque canalizada por fracciones de la clase dominante, proceso calificado por Marx de “auténtico movimiento nacional”.⁷ Engels había caracterizado la lucha antibritánica de los chinos como “germen popular por la sobrevivencia de la nación china”.⁸

En síntesis, las opiniones de Marx y Engels sobre la cuestión nacional fueron cambiando de acuerdo a la coyuntura política mundial, pero siempre en función de los intereses históricos del proletariado. En algunos casos, como Alemania, Polonia e Irlanda, acertaron, pero en otros (Europa oriental) se equivocaron, al igual que en sus apreciaciones circunstanciales sobre Bolívar y México. Tomadas en conjunto, se puede llegar a la conclusión de que los fundadores del materialismo histórico no tenían una teoría acabada sobre la cuestión nacional.

Este vacío fue llenado en gran parte por Lenin, quien debió criticar la concepción de los socialdemócratas austríacos consistente en que la esencia de una nación estaba en su estructura psicológica-cultural y que un Estado plurinacional integrado por unidades nacionales era una maniobra burguesa, correspondiendo sólo el otorgamiento de una autonomía cultural.⁹ Su

principal teórico, Otto Bauer, planteaba que era necesario transformar las naciones sin historia en naciones históricas, en un intento de remedo de Hegel.

Lenin rechazó la posición socialdemócrata, haciendo contribuciones decisivas sobre los países oprimidos, coloniales y semicoloniales, pero no analizó el problema nacional en nuestra América, focalizando su atención en la “cuestión de oriente”, clave de la estrategia de la III Internacional. En su trabajo sobre *El derecho de las naciones a disponer de ellas mismas*, Lenin señalaba que el triunfo definitivo de la burguesía sobre el feudalismo dependía de la conquista del mercado interno, de “la unión en el seno de un mismo Estado de territorios en los cuales la población habla la misma lengua y la eliminación de todo obstáculo que trabe el desarrollo de esta lengua y su consagración por la literatura (...) la formación de los Estados nacionales, que satisfacen mejor a esta exigencia *del capitalismo moderno*, es pues una tendencia propia a todo movimiento nacional (...)esto quiere decir solamente que los marxistas no pueden perder de vista los poderosos factores económicos que generan las tendencias a la creación de los Estados nacionales. Esto quiere decir que, el programa de los marxistas, la libre determinación de las naciones no puede tener, desde el punto de vista histórico-económico, otra significación, en tanto Estado, que la formación de un Estado nacional”.

Tanto para Lenin como para Trotsky, “la lengua es el más importante instrumento de vinculación entre los hombres y, en consecuencia, de vinculación en la economía. Se convierte en lengua nacional cuando la victoria de la circulación mercantil unifica una nación. Sobre tal base se erige el Estado nacional, que es el terreno más cómodo, corriente y ventajoso para el desenvolvimiento de las relaciones capitalistas”.¹⁰ Trotsky, más cuidadoso, no habla de eliminar “todo obstáculo que trabe el desarrollo de la lengua”, por entender que constituiría una manifestación de autoritarismo y falta de respeto a las minorías nacionales. No obstante, insisten unilateralmente en el factor económico como el desideratum para generar el Estado-nación, tomando como modelo a Europa occidental.

Trotsky aclara que esta situación cambió en la fase imperialista cuando surgieron los movimientos nacionalistas e independentistas en Persia, los Balcanes y la India, pero no establece ninguna relación entre esos movimientos y las luchas anticolonialistas de los pueblos latinoamericanos contra España y Portugal. En todo caso Trotsky, al igual que Lenin, fueron decididos partidarios del derecho de las nacionalidades a su autodeterminación. El partido bolchevique “prometía resistir con firmeza todo tipo de opresión nacional, incluida la retención forzada de una nacionalidad en los límites de un Estado común”.¹¹

En el II y IV congresos de la Internacional Comunista, realizados en 1922 y 1924 respectivamente, los delegados de oriente, especialmente Tan Malaka, M.N. Roy y Ho Chi Minh, exigieron un claro pronunciamiento sobre la cuestión nacional en los países coloniales y semicoloniales, criticando la posición de los partidos europeos de izquierda, para quienes la liberación de las colonias sobrevendría recién con el derrocamiento del capitalismo en los centros imperialistas.¹²

Stalin reforzó la tendencia al esquematismo y a reafirmar la idea de que era imprescindible el desarrollo capitalista burgués para que un territorio pudiera ser considerado nación. Su opúsculo *Los problemas de las nacionalidades y la socialdemocracia* definía taxativamente a la nación como “una comunidad humana, estable, históricamente constituida sobre la base de una comunidad de lengua, de territorio, de vida económica y de formación psíquica que se traducen en una comunidad de cultura”.¹³ Pocos marxistas se atrevieron a cuestionar dicha caracterización, en vista de los elogios de Lenin a este trabajo de Stalin. Uno de los escasos revolucionarios en salirle al paso a esta definición ha sido Michael Löwy, para quien Stalin es tan esquemático y rígido que llega a decir: “la ausencia de uno solo de estos índices basta para que la nación deje de ser nación”. La definición de Stalin –dice Löwy- parece presuponer al comienzo lo que no es más que el final de un proceso-

La definición de Stalin es equivocada al considerar que una comunidad “estable” constituye ya una nación. En la antigüedad existieron comunidades estables, como la de los principados arameos, que no formaron propiamente naciones. Si bien es cierto que la lengua es decisiva para la conformación de un Estado-nación, no podemos dejar de señalar que en muchos casos la lengua oficial ha sido impuesta de manera forzada a pueblos que hablaban de otra forma y formaban parte del mismo Estado. Por otra parte, tampoco es precondition de la

formación de un Estado la existencia de un mercado interno, ya que la mayoría de los Estados-naciones de África, Asia y América latina se han formado teniendo una economía primaria exportadora, dependiente del mercado mundial.

En cuanto a la territorialidad no siempre es una condición *sine qua non* para formar “históricamente una nación”, puesto que varios Estados-naciones se han formado fragmentando territorios o apoderándose de otros, cuestión que no es obviamente “histórica”. Además, es muy discutible la afirmación de Stalin de que la nación se “traduce en una comunidad de cultura”. El desarrollo multilineal de la historia demuestra que no siempre una nación tiene una misma cultura. Advertamos que en un Estado-nación pueden existir varias culturas paralelas a la existencia de una cultura oficial, como las actuales culturas indígenas y de las comunidades negras. Hoy menos que nunca existe una cultura “nacional” en Asia, África y América latina, ya que es evidente que las transnacionales de los medios de comunicación han impuesto las pautas culturales extranjeras, aunque los sectores populares se defienden con una contracultura propia.

Finalmente, cuestionamos el criterio de que lo económico es procondición para la formación de una nación. No fue así en la gestación de los Estados modernos –Inglaterra, Francia y España entre los siglos XIV y XVI- ni tampoco en el nacimiento de las naciones latinoamericanas del siglo XIX y de las asiáticas y africanas del XX. En todos esos casos el factor político y social fue lo determinante. La afirmación de que una economía nacional integrada por el mercado interno es procondición del Estado-nación sólo es válida para la Alemania y la Italia del siglo XIX.

Estas apreciaciones tan contradictorias muestran que el concepto de nación es uno de los menos precisos en la historia. A nuestro modo de entender, los factores que contribuyen a formar una nación están entrelazadas en un proceso histórico cambiante, en el que coyunturalmente uno o varios factores –el económico o el político y social- juegan un papel preponderante. La nación es una relación social y política histórico-concreta que se modifica continuamente. El concepto de nación, como el de identidad nacional o cultural, hay que analizarlo en su desarrollo histórico, pues se va configurando en y por el proceso. La nación debe analizarse en el momento histórico que surge, con sus contradicciones, con sus contradicciones, con su unidad –a veces forzada- en la diversidad, que es lo único permanente, con su desarrollo desigual, heterogéneo, diferenciado y combinado. No se trata de reivindicar la nación por los elementos de autonomía cultural o por una forma de ser psicológico-cultural, como lo hizo Otto Bauer para justificar la corriente judía del marxismo austro-húngaro.

Es necesario distinguir entre Estado-nación y nacionalidades porque dentro de un Estado-nación pueden existir varias minorías nacionales oprimidas, como es el caso del actual Estado español, donde existen nacionalidades como la vasca, catalana, etc., que tienen su propia lengua; algo similar ocurre en Ceilán, con los que hablan lengua tamil, y con los kurdos, oprimidos por los Estados-naciones de Irak e Irán. Este problema ha hecho crisis en 1889 hasta el la URSS, Yugoslavia y otros países no capitalistas de Europa oriental.

Uno de los factores claves de una nacionalidad es su origen geohistórico y su conciencia de pertenecer a una colectividad más amplia que la local. Obviamente, el Estado jugó un papel decisivo en la constitución de la nación. No por azar, los ideólogos de la burguesía acuñaron el término Estado-nación, jamás utilizado en anteriores formaciones sociales. Egipto, Sumeria, Persia, India, China, Grecia y Roma tuvieron Estados configurados sobre la base de la conquista de pueblos que nunca adquirieron conciencia nacional. El concepto de Estado-nación surgió en la Europa moderna, especialmente después de la Revolución Francesa, ligado al desarrollo de un modo de producción específico con fuerte base industrial y campesina, donde la cuestión agraria estuvo íntimamente relacionada con la cuestión nacional. Hasta principios del siglo XIX había confusión entre Estado (forma política) y nacionalismo (ideología política), según Pierre Vilar.¹⁴

Es un error tomar como modelo la génesis del Estado-nación europeo para determinar si en África, Asia o América latina se está o no en presencia de un Estado-nación. La formación del Estado-nación no es un privilegio de los países capitalistas avanzados, con industria y mercado interno, sino que también pueden constituirse en naciones los pueblos atrasados y coloniales que rompen con las metrópolis. Los pueblos colonizados, como los de América

latina, fueron gestando su conciencia nacional a través de un proceso que culminó en la ruptura con España, Portugal y Francia (Haití). No existe ningún criterio abstracto, por encima del proceso histórico real, para decir cuándo un pueblo está maduro o no para independizarse y estructurarse en nación.

Por lo demás, el Estado-nación no es un valor supremo o principio absoluto, como pensaba Hegel, sino un producto histórico transitorio, que así como apareció cuando la sociedad civil tenía milenios, también desaparecerá cuando no existan las clases.

LA CUESTION NACIONAL EN AMERICA LATINA

El problema nacional en nuestra América latina, ha sido solamente estudiado en relación a la contemporaneidad, omitiéndose el análisis del significado del surgimiento de las repúblicas a principios del siglo XIX. Esta falta de análisis de la cuestión nacional, desde sus orígenes, ha impedido comprender el significado del Estado-nación de la época republicana.

La cuestión nacional de esa época abarca varios aspectos fundamentales: la opresión colonial, la revolución por la independencia y la formación de los Estados nacionales. Las nacionalidades étnicas oprimidas y la supervivencia colonial en Cuba, Puerto Rico Antillas y Guayanas.

Nuestra cuestión nacional se remonta a la colonización hispano-portuguesa, que yuguló el proceso de evolución multilineal de las culturas aborígenes y el desarrollo de los Estados inca y azteca, dividiendo el continente en etnias y costumbres diferentes. A pesar de las formas brutales de explotación, los indígenas siguieron manteniendo su lengua, su etnia y sus costumbres. Los conquistadores sometieron a nuestros aborígenes, pero nunca pudieron asimilarlos totalmente a la sociedad colonial. La opresión fue tanto de clase como cultural y de etnia. Por eso, para estudiar la cuestión nacional en nuestra América, desde sus orígenes, es fundamental contemplar la relación etnia-clase. Sin una profunda comprensión de la dialéctica etnia-clase no es posible analizar a conciencia el problema nacional en América latina. Esa es una de las tantas diferencias de nuestra cuestión nacional con la de los países europeos. El novelista y antropólogo peruano José María Arguedas ha señalado “que el zar ruso podía entenderse con el siervo de la gleba, mientras que esto no sucede entre nosotros, precisamente por la diferencia de clase y cultura entre dominantes y dominados, por falta de identidad”.¹⁵

Nuestra cuestión nacional se diferencia de la asiática porque los pueblos chino e hindú lograron, a pesar de la colonización europea, mantener casi íntegramente su etnia, su lengua y sus costumbres. Esta identidad de etnia y cultura fue decisiva en China a la hora de la lucha por la liberación nacional y social, y en la India de Gandhi al romper con el imperio inglés.

Nuestra condición colonial sentó las bases del problema nacional, expresado en germen por los sectores descontentos de la burguesía criolla y fundamentalmente por las rebeliones de los indígenas, negros y mestizos, que no eran minorías sino mayorías aplastantes.

Durante la Colonia se fue gestando una conciencia nacional de la opresión. Cuando esta conciencia anticolonial maduró a través de un largo proceso, favorecido por la coyuntura de la invasión napoleónica, se produjo la ruptura con el imperio español. Esta revolución político-separatista es necesario inscribirla inequívocamente en el curso histórico de la lucha anticolonialista por la autodeterminación de los pueblos.

Pero la clase dominante criolla que tomó el poder no cambió la estructura socioeconómica heredada de la colonia. Solamente cumplió una tarea democrático-burguesa: la independencia política formal. Fue incapaz de iniciar un proceso de industrialización y de reforma agraria, manteniendo el tipo de economía primaria exportadora que reforzó nuestra dependencia del mercado mundial capitalista. La burguesía criolla se quedó mitad de camino en la marcha hacia la libre determinación, porque la autodeterminación sólo se logra cuando se

alcanza una real independencia económica, un Estado nacional basado en una economía integrada, autosuficiente y autosostenida.

La burguesía criolla resolvió a medias la cuestión nacional. Se independizó de los imperios coloniales pero dejó sin solución los problemas de las minorías nacionales y oprimidas. Realizó la tarea democrático-burguesa de cortar con el nexo colonial, pero negó los derechos democráticos a las minorías nacionales y étnicas. Los indígenas y negros continuaron siendo tan explotados como en tierras que le quedaban, y los negros, mantenidos en el régimen esclavista. Cuando se decretó la abolición de la esclavitud, la condición social del negro cambió al pasar de esclavo a peón, artesano o pequeño agricultor, pero se mantuvo en la práctica la discriminación racial. Cabe una distinción entre los indígenas, como minoría nacional en países como Brasil, Cuba, Puerto Rico y Antillas, donde constituía la mayoría de la población. A diferencia de los indígenas, los negros nunca constituyeron una nacionalidad en nuestra América porque no estaban arraigados a la tierra ni tenían una lengua común, además de pertenecer a etnias africanas diferentes. Si en la época en que fueron esclavos no constituyeron una nacionalidad, menos podría hablarse de ella cuando fue decretada la abolición de la esclavitud, que aceleró su dispersión. En cambio, los indígenas se mantuvieron en gran parte en sus regiones de origen, reclamando y luchando por sus tierras, conservando su lengua y las tradiciones culturales de su etnia. Esta diferenciación no significa que el problema de los negros oprimidos no forme parte de la cuestión nacional en el siglo XIX. Es parte de ella, pero en una forma distinta a la de las minorías indígenas.

La burguesía criolla fue incapaz de resolver la cuestión nacional, indígena y negra, que con los mestizos –en gran parte también discriminados- constituían la mayoría de la población. Si a esto agregamos el pacto neocolonial de la burguesía con Europa, que impidió la industrialización a cambio del aumento de la cuota de exportación, y su tenaz oposición a realizar la más moderada de las reformas agrarias, comprenderemos que el proceso de constitución del Estado-nación estuvo mediatizado desde el momento en que cada uno de nuestros países se convirtió en república formalmente independiente.

La persistencia de problemas nacionales irresueltos, como la variedad de etnias y lenguas, fue un obstáculo para el desarrollo de una literatura nacional masiva en el siglo XIX. Mientras en Europa el Estado burgués pudo crear una unidad cultural y una literatura nacional, en América latina sólo se generó una literatura para una élite en un idioma –español o portugués- que era leído por un sector reducido de la población. Nuestra literatura colonial fue ibérica, no indo-afro-latina. La del siglo XIX tampoco tuvo raíces nacionales, salvo excepciones, sino que fue una mezcla de influencia cultural española, portuguesa, francesa e inglesa.

La revolución haitiana triunfante en 1804 fue la única en acometer a fondo la solución de la cuestión nacional. Conquistó la independencia política, como asimismo la liberación de los esclavos, terminando con la discriminación de los negros y mulatos, aunque en la fase imperialista el proceso de liberación se enajenó hasta llegar a la dinastía de los Davalier.

Otras colonias ni siquiera alcanzaron la independencia. El problema nacional de Cuba, Puerto Rico, Antillas Menores y Guayanas pasó fundamentalmente durante el siglo XX por la lucha independentista, como bien lo comprendieron Martí, Betances, Hostos y otros. La cuestión nacional se planteó entonces de manera diferente a la de principios del siglo pasado porque la lucha por la independencia se dio en la fase imperialista, donde se trataba no sólo de romper el nexo colonial con España sino también de evitar caer en manos del imperialismo norteamericano, una nueva forma de dependencia más que semicolonial.

Es esos países antillanos no existían minorías indígenas, pues éstos habían sido exterminados por los españoles, sino solamente sectores negros oprimidos, quienes junto con los mulatos constituían la mayoría de la población. Conquistada la independencia, la burguesía cubana no logró resolver esta cuestión nacional, que se prolongó hasta que un día “un comandante mandó a papar”.

MARTI Y EL ANTICOLONIALISTA ANTIIMPERIALISTA

José Martí sabía que no bastaba con romper el vínculo colonial español sino que también era necesario quebrar la dependencia económica respecto de los Estados Unidos. Dicha dependencia había ya rebasado el intercambio comercial a fines del siglo XIX, expresándose en el control de los ingenios azucareros y de la producción tabacalera como resultado de las fuertes inversiones de capital monopólico. Por eso en anticolonialismo de Martí era, a la vez, antiimperialismo. Precisamente allí reside la principal diferencia entre la lucha anticolonialista de los revolucionarios de 1810 y la lucha por la liberación nacional de Martí. Por haber vivido fases distintas de la dominación capitalista, podemos decir que Bolívar fue anticolonialista, mientras que Martí no sólo fue eso en su combate contra el imperio español, sino que también fue antiimperialista, porque Cuba sufría al mismo tiempo la opresión de Estados Unidos. Con esta afirmación, no tratamos de minimizar la gesta de Bolívar sino de ubicarlo en su preciso momento histórico, en que todavía no se había producido el advenimiento de la fase superior del capitalismo. Bolívar alertó sobre los peligros de caer en una nueva dependencia, luego de la ruptura con España, denunciando a Estados Unidos y a las potencias europeas como posibles dominadores de nuestro continente.¹⁶ Pero sería un error histórico considerarlo como antiimperialista, afirmación en la cual han incurrido varios autores y corrientes políticas contemporáneas. En cambio Martí, hijo de su tiempo y de la transición a la fase imperialista, fue uno de los primeros latinoamericanos a quienes con justeza puede calificarse de antiimperialistas.

Fue, sin duda, el antiimperialista más consecuente de su tiempo. Como ningún otro luchador de América latina, Martí percibió el hondo significado del proceso de inversión de capitales que se inauguraba con el imperialismo. Pudo comprender mejor que otros latinoamericanos esta etapa superior del capitalismo porque era nativo de un país en el que las riquezas fundamentales ya habían pasado a manos del capital monopólico a fines del siglo pasado, proceso que recién se asomaba en el resto de las repúblicas latinoamericanas.

Martí comprendió la cuestión nacional mejor que cualquier marxista de su época. Cuando los socialistas, tanto europeos como latinoamericanos, seguían repitiendo las afirmaciones de Marx y Engels en torno al problema de las nacionalidades –no dándose cuenta de que éstas se referían a la coyuntura europea, sin pretender exigirse en teoría- Martí redescubrió nacional para América latina.

Durante el siglo XIX la cuestión nacional clave para nuestros países latinoamericanos fue la ruptura del nexo colonial con España. U seguía siéndolo para Cuba y Puerto Rico, todavía colonias a fines de ese siglo, pero para Martí la cuestión nacional no se agotaba en la lucha contra España sino que tomaba una nueva dimensión al tener que enfrentar, al mismo tiempo, al imperialismo norteamericano. En tal sentido, se adelantaba en dos décadas a las apreciaciones de Lenin sobre la cuestión nacional. Sin alcanzar la sistematización de una teoría, Martí hizo apreciaciones tan relevantes sobre el tema que puede ser considerado como el precursor de la teoría de la cuestión nacional para América latina.

Sin ser marxista comprendió antes que los marxistas latinoamericanos que la cuestión nacional no se limita al problema antiimperialista sino que también abarca a las minorías nacionales oprimidas. De ahí su insistencia contra la discriminación racial y por la igualdad de los seres humanos por encima de sus etnias. En su lucha contra los cubanos blancos que marginaban a los negros, a los mismos negros que después de haber explotado como esclavos seguían oprimiendo como asalariados, Martí comprendió que la cuestión nacional en Cuba no sólo era la lucha anticolonial y antiimperialista, sino también la defensa incondicional de las minorías oprimidas. Esta “minoría” negra y mulata que en Cuba alcanzaba casi el 50 por ciento de la población sólo podía ser ganada para el combate anticolonial en la medida que la vanguardia política comprendiera que eso significaba fundamentalmente luchar por sus derechos igualitarios. Por eso el Partido Revolucionario Cubano de Martí no le sacó el bulto al candente tema negro, causando estupor en las filas de la burguesía.

En sus viajes por México y Guatemala, Martí se interiorizó de la problemática indígena como parte de la cuestión nacional. Junto con su compañera, guatemalteca, recorrió las comunidades indígenas y escuchó lenguas aborígenes diversas, expresión de etnias diferentes, dándose cuenta de que constituían nacionalidades, minorías marginadas y oprimidas. Esta vivencia fue decisiva para su consecuente lucha por la igualdad de los negros en su país.

El ideario anticolonialista-antiimperialista de Martí no se limitaba a su país. Su nacionalismo revolucionario abarcaba también a Puerto Rico, por estimar que la ruptura de la doble dependencia de España y los Estados Unidos de ambos países era fundamental para que Cuba y Puerto Rico pudieran tener un despegue autónomo. Según los autores del *Pensamiento revolucionario cubano*, “la acción política martiana discurrió por una estrategia bien precisada. Encaminada a lograr la independencia de Cuba y Puerto Rico, las que, constituidas en Repúblicas, servirían de muro de contención a la expansión de Estados Unidos hacia el sur del continente, a la vez que serían las promotoras de una unidad latinoamericana, que incluiría las estructuras políticas y que equilibraría la situación de desbalance de este hemisferio. Dentro de esta estrategia general, la independencia de Cuba no era más que el paso inicial por lo cual no es posible agotar en él la obra política martiana”.¹⁷

En un artículo de 1885, Martí denunciaba los planes de expansión de Estados Unidos en Puerto Rico y Cuba. Además, alertaba sobre el tratado que acababan de “firmar los Estados Unidos con Santo Domingo, en virtud del cual, como en el tratado con Cuba y Puerto Rico, cuanto acá sobra y no tiene por lo caro dónde venderse, allá entrará sin derechos, como acá los azúcares. Y vendrán los Estados Unidos a ser, como que les tendrán toda su hacienda, los señores pacíficos y proveedores forzosos de todas las Antillas. Y como sin querella con Francia e Inglaterra no hubieran podido poner estorbo al canal del istmo de Panamá, por donde querían, como quien aprieta a su seno con un brazo, abarcar esta parte de arriba de nuestra América, intentan ahora, con asentimiento imprevisor acaso de nuestra propia gente, pasar el brazo por el corazón de la América Central”.¹⁸

Consecuente con su expresión “de América soy hijo y a ella me debo”, Martí hizo una profecía: “los pueblos de América son más libres y prósperos a medida que se apartan de Estados Unidos (...). Jamás hubo en América, de la Independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América hacen a las naciones americanas de menor poder (...). De la tiranía de España supo salvarse América española, y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia”.¹⁹

LA CUESTION INDIGENA Y NEGRA

LA cuestión nacional no solamente se limita al proceso de semicolonización, agudizado por la inversión de capital extranjero y la deuda externa, sino que abarca también el problema de las minorías nacionales. Los Estados y las burguesías criollas, responsables directos del envío de ejércitos para aplastar a los aborígenes, redoblaron la opresión de las comunidades indígenas, con el agravante de que éstas no constituían minorías nacionales en Mesoamérica y la región andina, sino que con los mestizos eran la mayoría de la población. Junto a ellos estaban los negros, zambos y mestizos que también eran aplastantes mayorías en Brasil y la región del Caribe, aunque no tenían la misma reivindicación de la tierra que levantaban los indígenas.

La brutal y sangrienta ofensiva de esta “segunda conquista” ha inducido a ciertos autores de tendencia prohispanica a magnificar las medidas de protección dictadas por la monarquía española a favor de los indígenas. Es efectivo que los gobiernos criollos surgidos de la independencia desautorizaron las medidas de Bolívar y terminaron con los resguardos

indígenas, pero esto no puede significar de ninguna manera una justificación del etnocidio español.

La burguesía criolla no solamente se apoderó de las tierras que les quedaban a los aborígenes sino que también fue creando toda una ideología en torno al trabajo y la discriminación racial para justificar y racionalizar la opresión. En un artículo aparecido en México en 1865, titulado “la cuestión india”, se manifestaba: “¿Cómo podríamos explotar nosotros a un indio que no tiene nada? ¿Su trabajo? Sepan que nosotros les pagamos todavía mucho más que su valor (...) aumentar su salario sería un error fatal. Si el indio ganara tres reales por día, trabajaría solamente tres días a la semana, para ganar nueve reales como ahora”.²⁰ Un ideólogo de la burguesía mexicana, Eduardo Ruiz, decía a mediados del siglo XIX: “¡Es en vano que se hayan abierto las puertas de la civilización al indio!”.²¹

Numerosas comunidades indígenas conservan actualmente su propio modo de producción, aunque se ven obligadas a establecer relaciones con la sociedad global; esto influye en su economía de subsistencia y hasta en algunas pautas de consumo.

Existe una relación colonial de la sociedad global respecto de los indígenas, “independientemente de que en la superestructura ideológica de la sociedad nacional se niegue oficialmente cualquier proposición discriminatoria”.²²

El Estado burgués aspira a que los indios dejen de ser indios y se integren incondicionalmente a la sociedad nacional. Muchos partidos sedicentemente de izquierda preconizan planes similares de incorporar a las comunidades indígenas a la economía nacional capitalista. No sólo son “desarrollistas” los burgueses, sino también los reformistas. Ambos practican el paternalismo y la llamada “cogestión” y “participación”, que implican en definitiva la disolución de la comunidad étnica y cultural.

No se respeta que cada etnia tenga derecho a la autogestión y a la autodeterminación y al autodesarrollo de su identidad cultural y lingüística. Se les expulsa de sus zonas sin ninguna consideración por el equilibrio ecológico.

Por eso, el criterio de suplantar a las comunidades indígenas fue denunciado por la Declaración de Barbados (1971): “Cuando elementos ajenos a ellas pretenden representarlas o tomar la dirección de su lucha de liberación, se crea una forma de colonialismo que expropia a las poblaciones indígenas su derecho inalienable a ser protagonistas de su propia lucha (...). Reafirmamos aquí el derecho que tienen las poblaciones indígenas que experimentan sus propios esquemas de autogobierno, desarrollo y defensa, sin que estas experiencias tengan que adaptarse o someterse a los esquemas económicos y sociopolíticos que predominan en un determinado momento.”²³

Las denominadas oficinas “indigenistas” y las misiones evangélicas pronorteamericanas refuerzan la ideología burguesa desarrollista, provocando la división entre indígenas “creyentes” y “no creyentes”.

Frente a esta nueva edición del colonialismo interno, ha surgido una respuesta de los propios indígenas en pos de la autodeterminación y de la aplicación creadora de la autogestión. Durante la década de 1970 se han consolidado una serie de movimientos y de organizaciones que se autodefinen como étnicas, como el Consejo Nacional de Pueblos Indígenas, el Movimiento de Identidad Nacional de Venezuela y la Alianza Nacional de Profesionales Indígenas Bilingües de México. En la Argentina: la Asociación Indoamericana (AIRA) y el Centro de la Mujer Aborigen.

Después de haber ignorado la cuestión indígena o de haber tenido una posición sectaria según la cual todo se resolvería con la revolución socialista, los primeros partidos comunistas se decidieron a abortar el problema.

En la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana, celebrada en 1929, se presentaron varias posiciones: una, la de Mariátegui –aunque no estuvo presente–, que sostenía la necesidad de ligar el problema indígena con la lucha por la tierra, y que la formación de un gobierno autónomo indio no contribuiría a la formación de un estado indio sin clases; visualizaba que este Estado indio podría constituirse en una traba para acumular fuerzas para la revolución socialista. El punto de vista de Mariátegui era correcto desde un enfoque global político-estratégico, pero tuvo pocos errores en relación a las cuestiones centrales de la

autodeterminación. “Creemos que la palabra de orden que hará del indio un aliado del proletariado no indio en la lucha de sus reivindicaciones, no debe ser la palabra de orden de la autodeterminación india, sino la palabra de orden que plantea a los indios sus reivindicaciones de clase oprimida y explotada: eso podrá transformarlos en aliados del proletariado alógeno, eso podrá llegar a darles un espíritu de clase, tarea fundamental de la propaganda marxista (...) en otras palabras: hay que tener en cuenta el problema racial, pero hay que supraditarlo al problema de clase”.²⁴ Otros propusieron luchar por la república Aymará, Quechua y cualquier otra manifestación política de autodeterminación.

José María Arguedas señaló tres fases en el movimiento indígena peruano del siglo XX: a) la del novecientos, encabezada por Julio C. Tello, que idealizaba el incario; b) la de Mariátegui y Valcárel, Clorinda Matto de Turner y Dora Mayer, que plantearon la cuestión étnica y social, ligando el problema indígena a la cuestión de la tierra; c) la corriente liderada por Ciro Alegría y el mismo Arguedas, que además de lo social, destaca los aportes culturales indígenas, incluyendo una franja de mestizos, como parte de la peruanidad, sin idealizar el incario ni al indio como proletario. Para Arguedas, las culturas aborígenes se mantienen vigorosas: “Los más recientes censos parecen demostrar que, por ejemplo, en el Perú la lengua quechua en lugar de extinguirse, se fortalece, gana prestigio.”²⁵

En relación a la cuestión negra, hay una discriminación sofisticada y una campaña subliminal contra todo aquel de color. En palabras de Mosonyi: “el endorracismo venezolano es muy oculto. Se trata de una concepción de racismo que impide o por lo menos posterga mucho el surgimiento claro y nítido de mecanismos de defensa que lleven a formas organizativas completas”.²⁶

Es una situación en parte diferente a la del siglo XIX. Antes de la abolición de la esclavitud, los negros constituían una minoría discriminada, t en algunos países del Caribe una mayoría. Después de las leyes abolicionistas la discriminación continuó bajo otras formas. Los negros, zambos y mulatos fueron oprimidos por razones supuestamente raciales.

Sidney Mintz sostiene que “se corre un riesgo al definir la situación de los pueblos afroamericanos por su marginalidad. Estos pueblos están marginados desde el punto de vista de su acceso a la total participación en la sociedad (...). Pero no están marginados desde el punto de vista de su contribución al orden económico. De hecho, su marginalidad como ciudadanos es una función de las políticas racista (...). Es esta y otras formas, el papel de los afroamericanos no es, en lo más mínimo, marginal sino, por el contrario, un componente esencial y central de la organización económica de las sociedades racistas”.²⁷

Superviven corrientes de pensamiento que siguen considerando la cuestión nacional desde el punto de vista psicológico-cultural. A nuestro juicio, algunos de esos aspectos parciales deben ser integrados a una concepción global del problema nacional, con un enfoque de clase, porque la cuestión nacional en la presente etapa imperialista sólo será resuelta con la toma del poder por los trabajadores. Esta perspectiva política de clase no significa diluir la cuestión nacional en los problemas de clase –como ocurrió con los anarquistas y marxistas latinoamericanos de las primeras décadas del siglo XX- sino que la lucha de clases, y no la unidad nacional en abstracto, es la única posibilidad de solucionar los problemas de las minorías, de los sectores oprimidos y, fundamentalmente, de la dominación colonial.

En muchas ocasiones se ha contrapuesto el concepto de lucha de clases al de nación. Si es un error considerar solamente las clases, dejando de lado el problema nacional, más grave aún es contemplar sólo la nación, ignorando las contradicciones de clase. La cuestión nacional no es un problema meramente “ideológico” sino estructural, que deviene del carácter colonial y semicolonial de Asia, África y América latina.

Finalmente, queremos poner de manifiesto que la cuestión nacional en América latina y el Caribe ha cobrado en el siglo actual una nueva dimensión con la agudización de la *deuda externa*. A las antiguas y siempre permanentes consignas de nacionalización de las empresas extranjeras y de ruptura de los pactos económicos y militares. Alienantes de la soberanía nacional, se suma ahora otra tarea antiimperialista: el no reconocimiento de la deuda externa. Hay que incorporar, pues, la deuda externa a la cuestión nacional a través de un acuerdo procesamiento teórico. No basta con repetir viejos slogans, sino que es necesario comprender la incidencia de la internalización del capital y de la transnacionalización bancaria en los países dependientes

semicoloniales en esta era de la dolarización de la economía mundial para abordar la cuestión nacional con nuevas luces.

NOTAS

¹ LEON TROTSKY: “Noventa años del Manifiesto comunista”, en *La era de la revolución permanente*, Juan Pablos Editor, México, 1973, p. 297.

² Citado por GEORGES HAUPT y CLAUDE WEILL: *Marx y Engels frente al problema de las naciones*, Ed. Fontamara, Barcelona, 1978, p. 27. Consultar, asimismo, ROMAN ROSDOLSKY: *El problema de los pueblos “sin historia”*, Ed. Fontamara, Barcelona, 1981.

³ *Ibid.*, p.36.

⁴ *Ibid.*, p.58.

⁵ *Ibid.*, p. 64.

⁶ *Ibid.*, p.65.

⁷ C. MARX: *Der Aufstand in der Arme*, cit. Por DEMETRIO BOERSNER: “Marx, el colonialismo y la liberación nacional”, *Rev. Nueva Sociedad*, mayo-junio 1983, Caracas, p.85.

⁸ *Ibid.*, p. 85.

⁹ OTTO BAUER: *La socialdemocracia y la cuestión de las nacionalidades*, 1907, citado por RODOLF SCHLLESEINEGR: *La internacional Comunista y el problema colonial*, Cuadernos de pasado y Presente, Buenos Aires, 1974, p. 34

¹⁰ LEON TROTSKY: *Historia de la Revolución Rusa*, Ed. Aloer, Lima, 1981, t. II p. 298.

¹¹ *Ibid.*, t. II, p. 300

¹² “Manifiestes, *Thèses et Résolutions des quatre premier congrés mondiaux de l’international Communiste*, París, 1934; HO CHI MINH: *Escritos políticos*, Inst. Cubano del Libro, La Habana, 1973; F. CLAUDIN: *La crisis del movimiento comunista*, Ed Ruedo Ibérico, París, 1970

¹³ JOSE STALIN: *El marxismo y la cuestión nacional*, Barcelona, 1977.

¹⁴ PIERRE VILAR: *Iniciación...*, op. Cit., p. 171

¹⁵ Citado por RAFAEL HERRERA ROBLES: *Mariátegui o la revolución permanente*, Ed. Pensamiento y Acción, Lima, 1980, p. 126.

¹⁶ LUIS VITALE: *La contribución de Bolívar a la economía política latinoamericana*, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1984.

¹⁷ DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA: *Pensamiento revolucionario cubano*, op. Cit., t.I, p. 45.

¹⁸ Publicado en *La nación*, 22/2/1885, Buenos Aires.

¹⁹ JOSE MARTI: “nuestra América” (1889), en *Antología mínima*, op. Cit., t.I, p. 238

²⁰ El Pájaro Verde: “*La cuestión india*”, 14/9/1865, cit. Por ROBERT JAULIN: *El etnocidio a través de las Américas*, Ed. Siglo XXI, México, 1976, p. 57.

²¹ *Ibid.*, p.63.

²² GUILLERMO BONFIL BATALLA: “Las nuevas organizaciones indígenas”, en *Indianidad y descolonización en América latina*, Nueva Imagen, México, 1979, p. 27.

²³ Declaración de Barbados, en *Indianidad y descolonización...*, op. Cit.

²⁴ “Primera Conferencia Comunista Latinoamericana”, en *Revista La Correspondencia Sudamericana*, Buenos Aires, 1929, p. 265.

²⁵ JOSE MARIA ARGUEDAS: *Formación de una cultura nacional*, Ed, Siglo XXI, México, 1975, p. 188. Además JULIO COTLER: *Clases, Estado y nación en el Perú*, IEP, Lima, 1978; SINESIO LÓPEZ: “De imperialismo a nacionalidades oprimidas”, en *Nueva historia del Perú*, Ed. Mosca Azul, Lima 1980; CARLOS FRANCO: “Identidad política e identidad nacional”, en *Perú: identidad nacional*, CEDEP; Lima, 1980; ALBERTO FLORES GALINDO: “Los intelectuales y el problema nacional”, en *Siete ensayos: 50 años en la historia*, Ed. Amauta, 1979.

²⁶ ESTEBAN MOSONYI: *Identidad nacional y culturas populares*, Caracas, 1982, p. 107.

²⁷ SIDNEY MINTZ: “Una reflexión desprevenida”, en *Africa en América latina*, Ed, Siglo XXI, México, p. 394.